



LAS HERMANAS

Joseph Conrad

Las hermanas lo empezó a escribir Conrad en otoño de 1895 y lo abandonó en la primavera de 1896. Se publicó en 1928, cuatro años después de su fallecimiento. En los únicos siete capítulos de la novela, divididos muy claramente en dos partes, una, sobre un solitario y atormentado pintor ucraniano, la otra, una huérfana viviendo con una extraña familia vasca vecina del pintor, tenemos todos los elementos que conforman el mundo literario de Joseph Conrad, donde podemos ver, como apunta en el prólogo Bertrand Russell, a un rígido moralista y por descontado a uno de los mejores escritores contemporáneos.

Prólogo

Un acontecimiento de importancia para mí en 1913 fue el comienzo de mi amistad con Joseph Conrad, que debí a nuestra común amistad con Ottoline. Durante muchos años había sido un admirador de sus libros, pero no me habría aventurado a buscar un conocimiento personal con él sin que mediase una presentación. Fui a su casa, cerca de Ashford, en Kent, en un estado de cierta expectación ansiosa. Mi primera impresión fue de sorpresa. Hablaba el inglés con un fuerte acento extranjero, y nada en su porte sugería en modo alguno el mar. Era un aristocrático caballero polaco de pies a cabeza. Sus sentimientos con respecto al mar, y a Inglaterra, eran los de un amor romántico, amor desde cierta distancia, suficiente para no empañar el romanticismo. Su amor por el mar se despertó en edad muy temprana. Cuando dijo a sus padres que deseaba seguir la carrera de marino, ellos le apremiaron para que ingresase en la Marina austríaca, pero él ansiaba aventuras y mares tropicales y extraños ríos rodeados de oscuras selvas; y la Marina austríaca no le ofrecía campo para satisfacer sus deseos. Su familia se horrorizó al saber que pretendía hacer carrera en la Marina mercante inglesa, pero su determinación era inflexible.

Como puede ver cualquiera a través de sus libros, era un rígido moralista, y en modo alguno simpatizaba políticamente con los revolucionarios. En la mayoría de las cuestiones, nuestras opiniones no concordaban en absoluto, pero

en algo muy fundamental estábamos plenamente de acuerdo.

Mis relaciones con Joseph Conrad no se parecieron en nada a ninguna de las relaciones que he tenido jamás. Le vi raras veces, y no durante un largo período de años. En las fortificaciones exteriores de nuestras respectivas existencias, éramos casi extraños, pero compartíamos cierta concepción de la vida y el destino humanos que, desde el primer instante, anudó entre nosotros un lazo extremadamente fuerte. Quizá se me perdone el que cite una frase suya extraída de una carta que me escribió a raíz de habernos conocido. Consideraría que la modestia prohíbe su reproducción si no fuese por el hecho de que expresa con tanta exactitud lo que yo mismo sentía por él. Lo que él expresó y yo sentía igualmente fue, utilizando sus propias palabras, «un profundo afecto lleno de admiración, que, si nunca más volviese usted a verme y se olvidase de mi existencia mañana mismo, seguiría siendo inalterablemente suyo *usque ad finem*».

De todo cuanto había escrito, lo que más admiraba yo era la terrible historia titulada *The Heart of Darkness* (*El corazón de la tinieblas*), en la que un idealista un tanto débil es empujado hasta la locura por el horror a la selva tropical y la soledad entre salvajes. Creo que esa narración es la que expresa de manera más completa su filosofía de la vida. Pienso, aunque no sé si él hubiera admitido semejante imagen, que consideraba la vida humana civilizada y moralmente tolerable como un peligroso paseo sobre una tenue corteza de lava apenas enfriada, que en cualquier instante podía romperse y hacer que el incauto se hundiese en un abismo de fuego. Tenía perfecta conciencia de las diversas formas de apasionada demencia a que se sienten inclinados los hombres, y era esto lo que le daba una creencia tan profunda en la importancia de la disciplina. Quizá pudiera decirse que su punto de vista era la antítesis del de Rousseau: «El hombre nace aherrojado, pero puede llegar a li-

berarse». Y se libera, así creo que lo hubiera dicho Conrad, no dando libre curso a sus impulsos, no mostrándose casual e incontrolado, sino sometiendo el impulso descarriado a un propósito dominante.

No estaba muy interesado en los sistemas políticos, aunque abrigaba algunos sentimientos políticos muy arraigados. El más arraigado de ellos era su amor a Inglaterra y su odio a Rusia, ambos de los cuales están expresados en *The Secret Agent (El agente secreto)*; mientras que su odio a Rusia, tanto la zarista como la revolucionaria, se manifiesta con gran fuerza en *Under Western Eyes (Bajo la mirada de Occidente)*. Su antipatía contra Rusia era la tradicional en Polonia. Iba tan lejos, que no concedía mérito ni a Tolstói ni a Dostoievski. Una vez me dijo que Turguéniev era el único novelista ruso a quien admiraba.

Salvo por su amor a Inglaterra y odio a Rusia, la política no le interesaba mucho. Lo que le interesaba era el alma humana individual enfrentada con la indiferencia de la naturaleza, y a menudo con la hostilidad del hombre, y sujeta a luchas internas, con pasiones buenas y malas que conducían a la destrucción. Las tragedias de la soledad ocupaban gran parte de su pensamiento y sus sentimientos. Una de sus narraciones más típicas es *Typhoon (Tifón)*. En este relato, el capitán, que es un alma sencilla, salva a su barco merced a un valor indecible y una férrea resolución. Una vez pasada la tempestad, escribe una larga carta a su esposa, contándole lo sucedido. En su relato, su propia participación es, para él, perfectamente simple. Se ha limitado a cumplir su deber de capitán, como, naturalmente, era de esperar. Pero el lector, a través de su narración, adquiere conciencia de todo cuanto ha hecho y osado y soportado. La carta, antes que el capitán la envíe, es leída subrepticamente por su camarero, pero nunca la lee nadie más, ya que su mujer la encuentra aburrida y la arroja sin leerla.

Las dos cosas que parecen ocupar fundamentalmente la imaginación de Conrad son la soledad y el temor a todo lo

extraño. *An Outcast of the Islands* (*Un vagabundo de las islas*), como *The Heart of Darkness*, se ocupa del temor por lo que es extraño. Ambos sentimientos se unen en la extraordinariamente conmovedora historia titulada *Amy Foster*. En esta narración, un campesino eslavo meridional, camino de América, resulta el único superviviente del naufragio del barco en que iba, yendo a parar a una aldea de Kent. Todo el pueblo le teme y le maltrata, excepto Amy Foster, una muchacha fea y obtusa, que le lleva pan cuando está hambriento y termina por casarse con él, pero también ella, cuando su marido, presa de la fiebre, vuelve a su lenguaje nativo, se siente sobrecogida de temor, arrebatada a su hijo y abandona a su marido. Este muere solo y desesperado. Me he preguntado a veces cuánto de la soledad de este hombre sentiría Conrad entre los ingleses y reprimiría mediante un severo esfuerzo de voluntad.

El punto de vista de Conrad estaba lejos de ser moderno. En el mundo moderno, hay dos filosofías: la que nace de Rousseau y aparta la disciplina por innecesaria, y la que halla su expresión más plena en el totalitarismo, que piensa en la disciplina como esencialmente impuesta desde fuera. Conrad se adhería a la tradición más antigua, según la cual la disciplina debe proceder de dentro. Despreciaba la indisciplina y detestaba la disciplina meramente externa.

Vi que coincidía plenamente con él en todo esto. En nuestra primera entrevista, charlamos con una intimidad continuamente creciente. Parecía como si ambos atravesásemos una capa tras otra de lo que era superficial, hasta que los dos llegamos gradualmente al fuego central. Fue una experiencia como ninguna de las que jamás he conocido. Nos mirábamos a los ojos, medio espantados y medio embriagados al hallarnos juntos en semejante región. La emoción era tan intensa como la de un amor apasionado, y, al mismo tiempo, lo abarcaba todo. Salí de allí aturdido, y apenas pude orientarme en los asuntos ordinarios.

No vi a Conrad durante la guerra ni después de ella, hasta mi regreso de China en 1921. Cuando nació mi primer hijo en ese año, quise que Conrad fuese su padrino en la medida que podía serlo sin una ceremonia formal. Escribí a Conrad, diciendo: «Con su permiso, desearía llamar a mi hijo John Conrad. Mi padre se llamó John, mi abuelo se llamó John y mi bisabuelo se llamó John; y Conrad es un nombre en el que veo méritos». Aceptó la situación y ofreció a mi hijo la copa que es usual en tales ocasiones.

No le vi mucho, pues la mayor parte del año vivía yo en Cornwall, y a él le iba fallando la salud. Pero recibí varias cartas deliciosas suyas, en especial una acerca de mi libro sobre China. Decía: «Siempre me han agradado los chinos, incluso aquellos que trataron de matarme (y a otras personas también) en el patio de una casa particular en Chantabun, incluso (aunque no tanto) el sujeto que me robó todo el dinero una noche en Bangkok, pero que cepilló y dobló cuidadosamente mis ropas para que me vistiese por la mañana, antes de desvanecerse en las profundidades de Siam. También recibí numerosas atenciones por parte de diversos chinos. Esto, con el aditamento de una conversación vespertina con el secretario de Su Excelencia Tseng en la veranda de un hotel y el estudio superficial de un poema titulado *The Heathen Chinee* es todo cuanto sé de los chinos. Pero, después de leer su interesantísimo punto de vista sobre el Problema Chino, la visión que se me ofrece del futuro de aquel país es muy sombría». Decía luego que mis concepciones sobre el futuro de China «meten un escalofrío en el alma», tanto más, decía, cuanto que yo cifraba mis esperanzas en el socialismo internacional. «Precisamente —comentaba— aquello a lo que no puedo adscribir ninguna clase de significado concreto. Jamás he hallado en un libro de un hombre ni en la conversación de un hombre nada lo bastante convincente para alzarse por un instante contra mi arraigado sentido de la fatalidad que gobierna a este mundo habitado por el hombre». Seguía diciendo

que, aunque el hombre ha dado en volar, «no lo hace como un águila, sino como un escarabajo; y seguramente ha observado usted cuán feo, ridículo y fatuo es el vuelo de un escarabajo». Tuve la impresión de que, en aquellas pesimistas observaciones suyas, mostraba él una sabiduría más profunda que la que mostraba yo en mis esperanzas un tanto artificiales de un feliz desenlace en China. Debo decir que, hasta ahora, los acontecimientos le han dado la razón.

Esta carta fue mi último contacto con él. Nunca más hablé con él. En cierta ocasión, le vi al otro lado de la calle, enfrascado en una seria conversación con un hombre a quien yo conocía, en pie junto a la puerta de la que fuera casa de mi abuela y que, después de su muerte, se había convertido en el Arts Club. No me seducía la idea de interrumpir lo que parecía una grave conversación, y me marché. Cuando, poco después, murió, lamenté no haber sido más audaz. La casa ha desaparecido, demolida por Hitler. Supongo que Conrad está en vías de ser olvidado, pero su intensa y apasionada nobleza brilla en mi memoria como una estrella vista desde el fondo de un pozo. ¡Ojalá pudiera hacer que su luz brillase para otros como brilló para mí!

BERTRAND RUSSELL

Capítulo I

Durante varios años Stephen vagabundó entre las ciudades de Europa occidental. Aun cuando llegó del Este, aun cuando poseyera la innata sabiduría del Este, debe decirse sin embargo que solo era un mago, solitario y desorganizado, sin suerte y sin compañeros. Salió a la búsqueda de una creencia y solamente encontró infinidad de fórmulas. Ninguna voz angelical le habló desde las alturas. En cambio oyó, a diestro y siniestro, las vociferaciones de los fanáticos ociosos exaltando esta o aquella senda con roncas voces terrenales que resonaban de manera poco fiable en la vacía oscuridad. Y oyó también el dulce murmullo de los charlatanes perezosos que susurraban distintas promesas de grandeza a cambio de la generosa hospitalidad de aquel pintor ruso que poseía rublos. Viajó desde Berlín a Dresde, desde Dresde a Viena, y a otros muchos lugares, a las ciudades de Italia, al final viajó a Múnich, intentando ver un significado en todas las formas de belleza que habían suscitado su admiración. Creyó que comprendía el lenguaje de la perfección. ¿Acaso esto no elevó sus pensamientos, como el viento del cielo que envía el polvo de la árida tierra hacia la tutela del sol en una nube? Pero, al igual que el viento, el significado parecía ser huidizo y no tener forma. La dulzura de la voz le embriagó con puro deleite, pero el mensaje le sonó como una declaración de cosas incomprendibles, con una reserva de claridad final, con una completa emoción que le hizo dudar del origen celestial de aquella voz. Los prodigios del cincel y el cepillo lo transpor-

taron al principio con el deseo de una persuasión, de una desvelada religión de arte, y luego lo sumergieron en el desespero al negarse a decir la última palabra. Volvió con los hombres, con toda clase de hombres y le pareció que, al igual que los ángeles y los demonios de las catedrales medievales, estaban todos tallados de la misma piedra, que eran enigmáticos, pesados y sin corazón. Ni la muerte ni la vida le hablarían inteligiblemente. A veces se lamentaba de su propia falta de inteligencia. Creía que en el mundo del arte, entre tantas formas de belleza creada, sería posible encontrar el secreto de la fuerza creadora. Todas aquellas inteligencias que habían producido tantas obras maestras habían dejado en ellas, ocultas para la masa, pero visibles para el escogido, la expresión de su credo: el único, el definitivo, el sosegado. Lo buscó; buscó el signo mágico en todas las galerías, en todas las catedrales desde Roma a Colonia. Se demoró en algunas ciudades, a veces solo, a veces entre otros buscadores, a los que amó a causa de sus pesquisas y a los que despreció un poco, porque le parecía deshonesto aceptar, como ellos hacían, los incoherentes murmullos de los hombres corrientes como si fueran la voz de profetas inspirados. Despreciaba a estos creyentes solo un poco, y no siempre. Tenía dudas. En vez de engañarse a sí mismo para facilitarse la vida, ¿habían encontrado el mensaje que año tras año eludía sus anhelos? ¡Quién sabe! Empezó a dudar de sus propias aspiraciones. A veces se le presentaban como un complot de los poderes de la oscuridad para destruir su alma. Entonces se arrojaría fuera de sí hacia el interior del mundo. La vida occidental le cautivaba por la amplitud de su complicada superficie, y le horrorizaba por la confusión interior de su variada pequeñez. Estaba llena de tentativas, de esfuerzos febriles, de teorías sin fin, de odios preconcebidos, de amores fuera de sitio. Todo era limitado, duro, de agudizados perfiles y formas desagradables. Y así también eran los hombres. Alardeaban de la cristalina pureza del horizonte. Vio que era

tan puro e impenetrable como el cristal; que bajo su cúpula no había nada grandioso porque todo era muy limitado, definitivo, circunscrito a la tierra, aprisionado dentro de aquellos muros tan transparentes e infames en el otro lado de donde se hallaba el augusto mundo de lo infinito, lo eterno; ese otro mundo siempre invocado por estos hombres nunca deseados, alabados con falsedad, venerados, evocados por los labios, y siempre desesperadamente remotos de aquellos corazones inquietos en los que su misterio no podía suscitar más que un miedo secreto, o un más secreto desdén.

Pero principalmente buscó refugio del reproche de su impotencia en el trabajo ardiente. Esto, consuelo en su aserción de lo que podía hacer, también tenía sus períodos de descorazonamiento situando sus limitaciones frente a aquel hombre que luchó hasta lo ilimitado. No consideraba a nadie como su profesor. Se mantuvo distante del mundo. Pero tomó su puesto en él. Lo necesitaba. Necesitaba ver los entusiasmos huecos y oír el sonido de las palabras vacías a su alrededor, aunque solo fuera para afianzar la oscilante confianza en sus propias convicciones. Asociándose con algunas pero sin comulgar con ninguna. Generalmente era taciturno. La gente preguntaba: «¿Quién es ese individuo? No hace nada. Ni siquiera habla». Raramente se le oía, y entonces contestaban a su propia pregunta con la simple solución de un epíteto: «loco» o «farsante». Los pocos que habían visto su trabajo aseguraban que este era perfectamente «imposible». Algunos decían: «Es demasiado rico para llegar a ser alguien». Unos pocos murmuraban la maldita palabra de «Soñador». Casi nadie decía: «Tonto». La mayoría vivían con él en términos de una amistad corriente. El tipo tenía dinero y nunca sería peligroso; no tenía talento. Un veredicto mortal y final, como la cuchilla de una guillotina.

Solo un pequeño grupo de buenos y graciosos le odiaban. Es difícil decir exactamente porqué. O bien por que

no les agradaba la jerga de destreza o más probablemente, les había sido concedido un instinto preciso de su valía como recompensa a tanta gracia y tanta virtud. Sin duda no hubieran sido tan crueles y al final se hubieran dignado en repartir su pan suntuoso si hubieran sabido cuán corta habría de ser su vida, cuán tenue el trazo por ella dejado en la tierra.

Lejos de allí, más allá de varios ríos importantes, de polorientas ciudades hechas de madera en la estepa, el padre y la madre de Stephen aguardaban sus cartas. Estas llegaban regularmente cuatro veces al año. Y durante varios días el padre llevaría la última misiva en su pechera, en algún sitio dentro de su camisa, como un escapulario, porque era de su hijo mayor, de ese hijo que en sus pensamientos había sido destinado a alcanzar el rango de general. La madre lloraría silenciosamente sin más turbación que la de su ausencia. Eran dos campesinos. Ella era la hija del más viejo de un pueblo, a las orillas del Dniéper. Él era un hombre liberado nacido en las cercanías que se había marchado de su aldea, astuto e inquieto y que más tarde llegó a ser, tras unos humildes comienzos, uno de los más importantes comerciantes del ramo, un hombre muy rico. Pero a pesar de ser rico, siempre continuó siendo un campesino, un hombre con barba. Era ingenioso, ingenuo, sin escrúpulos, creyente y de buen corazón. Daba espléndidas limosnas y a veces se quedaba en los peldaños de la iglesia charlando con algún mendigo llamándole «hermano» sin desairada afectación, como si tal cosa. Todos los hombres son hermanos. Cuando reprendía a sus dos apagados y escrupulosos dependientes (tal era la magnitud de su establecimiento; se lo hacía casi todo él solo) empezaba sus observaciones con la exclamación: «¡Tú!, hijo de perra», sin ninguna tenue chispa de animosidad en su corazón. Temía a Dios, veneraba a los santos, en cualquier oportunidad se inclinaba ante las santas imágenes, se persignaba con rapidez, juntando tres dedos, un número incalculable de veces, en las ocasiones conve-

nientes; y hubiera vendido su alma por tres rublos con una sonrisa inocente, como el niño pequeño que miente ante su padre indulgente. Obtenía contratos del Gobierno. Amontonaba dinero. Empezó a ser conocido en las oficinas del Gobierno, incluso en la capital, donde se le podía ver de pie en la puerta, sombrero en mano, con cara de circunstancias. Tiosos oficiales con estrechos uniformes verdes se dirigían a él, desde sus sillones, con afable superioridad: «¡Tú, pequeño ladrón! ¡Eh, tú, perfecto embustero!». No estaba mimado por las alabanzas de los grandes. Practicaba el soborno. Se le tenía en gran estima. Empezaba a ser necesario para algunos. Continuaba siendo el modesto campesino de los viejos tiempos.

Lo suyo había sido un casamiento de amor. Ella era la belleza del pueblo, hija de un hombre rico; él estaba considerado como un acomodado errante de colosal presunción. Se enamoraron perdidamente el uno del otro. Se fugaron. Nunca se arrepintieron. Durante los primeros tiempos (cuando las pasiones son fuertes) él la pegó una o dos veces, tan solo para dejar bien sentado el hecho de su afecto más allá de la posibilidad de cualquier fugaz duda. Desde entonces la trató de una forma grave, contenida, con una patriarcal superioridad de indulgencia. Ella le tenía por el más grande de los hombres y se consideraba la más feliz de las mujeres. Compartieron tiempos difíciles. El suegro, que no les había perdonado, no hizo nada más por el vagabundo que darle una vieja carreta de madera y un par de peludos y diminutos caballos. Con este equipo pregonaron de ciudad en ciudad las excelencias de las sandías de la Rusia central. El primer hijo, Stephen, nació en el casual refugio de una choza al borde del camino. La mujer se echó sobre unas esteras podridas, encaramadas en lo alto de una pila de frutas. El hombre caminó con pisadas silenciosas, con cascados zapatos, entre las gachas cabezas de los caballos, y de vez en cuando lanzaba una mirada por encima de su hombro a la madre. A veces el gran aburrimiento

de la extensión sin límites del llano le penetraba hasta el alma. Entonces daba media vuelta, sin detenerse, y gritaba jovialmente:

—¿Cómo está nuestro polaco, Malanya; nuestro valiente chico?

—¡Se las apaña bien, Sydor! —le respondía ella, por encima de la nube de polvo, en un tono elevado, pero no excesivamente fuerte.

Por la noche acampaban a menudo en las afueras de los pueblos. Con las esteras y el carromato, Sydor construía un refugio para su mujer. Si la noche era apacible la pasaban al aire libre. Mucho antes de que sus labios pudieran formar una palabra, los ojos del bebé se habían dirigido, sueltos, hacia el cielo abierto. El padre y la madre, sentados junto a una fogata, conversaban en voz baja. El pequeño yacía encima de un delgado trozo de lino áspero sobre la escasa hierba que había al borde del camino, con los ojos abiertos, tranquilo. Los niños de los campesinos raramente lloran. Parecen haber nacido con la presciencia de la inutilidad del lamento. Con la impávida mirada de cualquier niño los ojos de Stephen intercambiaban plácidas y profundas miradas con las estrellas inescrutables. Ignorante y firme, extendía sus manitas vacilantes hacia el universo, en un deseo de jugar con ese polvo brillante que corre a través del espacio infinito dentro de la infinidad del tiempo. La gloria del cielo está muy cerca del alma del niño, al igual que la memoria de su tierra está junto al corazón del exiliado en los primeros tiempos de su peregrinación. Después la marchita sabiduría de la tierra destruye las irreales fantasías y añoranzas con el despertar de una risa estrepitosa o un suspiro de dolor.

Stephen, impasible, considerado, sonreía a la inmensidad. Durante el día, desde los brazos de su madre, escrutaba con comprensión inarticulada la vasta extensión de las ilimitadas y fértiles oscuridades de la crianza, en el seno ondulante, bajo las cálidas caricias del sol. En los pliegues po-

co profundos del llano se desbordaban arroyos embalsados en sereno resplandor de pequeños lagos, plácidos, como apaciguados por la ternura susurrante de las cañas circundantes. En sus orillas habían esbeltos sauces oscuros, abedules vacilantes agitándose con el suave y poderoso aliento de la indolente estepa. Aquí y allá un grupo de abatidos robles parecían sombríos e impasibles, plantados firmemente sobre la oscura mancha de sus propias sombras. En la ladera se suspendía un pueblo; chozas blancas dispersas con altos tejados, destartalados, hechos con paja, bajo los cuales titilaban pequeñas ventanas desiguales, como ojitos de una banda de enanos deformes y graciosos parpadeando bajo altos gorros caballerescamente inclinados. Entre ellos la cúpula verde de la iglesia rural, el destello de una cruz dorada sostenida en lo alto contra el cielo. El carromato se deslizaría por el declive, apartando a una manada de perros ladrones junto a las ruedas, retumbando con los tirantes aflojados sobre el embalse, y continuaría despacio, con la paciente fatiga de los peludos caballos para subir la cuesta del otro lado. Cuando laboriosamente coronasen la cresta los profundos llanos aparecerían de nuevo con la abrumadora rapidez de una revelación. La uniforme altura del trigo maduro se extendía en distancias sin límites, inmensamente grandes, llenas de zumbido de la vida invisible de lo infinitamente pequeño: un campo susurrante no labrado, tan grande como el mundo, extendiéndose bajo el despejado silencio del cielo. Lejos, en la línea del horizonte, otro pueblo mostraba, sobre la monotonía del maíz amarillo, la senda verde de unos pocos árboles, situado solo, diminuto y brillante como una esmeralda negligentemente abandonada en las arenas de una orilla desierta y sin límites.